

MODERNIZACION Y DEPENDENCIA EN IBEROAMERICA

El gran fracaso político-social que significó la segunda guerra mundial trajo consigo, no sólo el descrédito del modelo consensual funcionalista de la sociedad, sino también el resurgir de los modelos conflictivistas, sobre los que se activaron los movimientos nacionalistas que pusieron en marcha un proceso acelerado de descolonización. Como consecuencia, la teoría sociológica —asociada siempre al desarrollo y expansión del capitalismo— hace crisis y el modelo funcionalista se trueca en modelo interaccional y elabora la teoría de la modernización por el desarrollo, cuya tesis central es la siguiente: el modelo occidental, especialmente en su versión anglosajona, con su inmenso potencial tecnoc-económico y sus instituciones democrático-rationales, es el modelo a imitar por todos los demás países, en especial por los del Tercer Mundo, en un proceso relativamente uniforme para todos.

Pero, tras la segunda guerra mundial, se consolida también una división del mundo en dos bloques antagonistas: el capitalismo liberal y el socialismo marxista. Paralelamente, frente al paradigma funcional-modernizador se alza también el modelo conflictivista de las relaciones sociales, que recoge en su seno diversas tradiciones críticas, entre las que destaca el neomarxismo, y formula la teoría coactiva de la sociedad, cuya tesis central dice: la teoría de la modernización reproduce a nivel internacional la dominación de los poderosos sobre los débiles y no es más que una forma larvada de explotación imperialista.

La crisis fue sentida especialmente por los sociólogos de la periferia. Formados intelectualmente en las categorías del modelo estructural-funcional, se sentían incapaces de aplicar el análisis sociológico a una realidad social radicalmente extraña al modelo anglosajón que había inspirado el paradigma. Esta situación se hizo particularmente candente en Iberoamérica cuando comenzó a fracasar el modelo desarrollista diseñado según la teoría de la modernización. Los nuevos ajustes modernizadores tampoco obtienen el éxito esperado y encuentran ya la franca denuncia de un notable grupo de sociólogos que, con la ayuda de algunos teóricos anglófonos (A. Gunder Frank) y francófonos (S. Amin), elaboran una versión renovada de la teoría del «imperialismo» con su teoría de la dependencia, que ha tenido repercusión internacional.

La cuestión, sin embargo, es más compleja de lo que aparenta y requiere un examen cuidadoso. Aquí me voy a limitar a bosquejar un balance positivo-crítico de esta gran confrontación teórico-práctica que se ha desarrollado en el escenario iberoamericano durante los dos

últimos decenios. Para ello voy a situarme en un ámbito intermedio entre la teoría sociológica y la filosofía política. Organizaré mi trabajo en tres apartados: en el primero haré una breve exposición del capitalismo en su fase desarrollista-modernizadora; en el segundo resumiré las teorías de la dependencia en sus tres principales versiones; en el tercero, por último, presentaré algunas reflexiones personales y una propuesta-marco de solución.

I.—CAPITALISMO, DESARROLLO Y MODERNIZACION

Hasta el presente, y pese a las previsiones marxistas, el capitalismo ha resuelto siempre sus crisis con un salto cualitativo hacia adelante, que le ha servido, además, para consolidarse y acrecentar su expansión. La primera gran crisis, en el último cuarto del siglo XIX, la resolvió con el salto a las colonias y su nueva versión como capitalismo monopolista internacional; la segunda gran acumulación capitalista estalló en 1929 y dió paso al sistema neocapitalista y a la teoría keynesiana, que sentó las bases del «Estado benefactor» (*Welfare State*); la tercera se produce con la descolonización acelerada que sigue a la segunda Guerra Mundial y al establecimiento de dos grandes bloques irreconciliables, con la consiguiente pérdida de una buena parte del mercado mundial, pérdida que el capitalismo resuelve con su modelo desarrollista para el Tercer Mundo y la teoría de la modernización; por último, la cuarta se produce al comienzo de los años setenta: la crisis energética viene a dar la puntilla al modelo desarrollista ya muy debilitado por entonces; la respuesta del capitalismo la estamos presenciando: es el nuevo imperialismo de las multinacionales apoyado en la revolución informática o tercera revolución industrial, y la vuelta al liberalismo radical, abandonando toda veleidad de «estado benefactor». Aquí me limitaré a una exposición sucinta de la tercera fase.

Como antes dejé apuntado, las dos guerras mundiales y el gran fracaso político y social que implicaron, pueden interpretarse, hasta cierto punto al menos, desde la teoría leninista de las guerras «imperialistas»: dado que el capitalismo había solventado su crisis de superproducción mediante la apertura de nuevos mercados en las colonias respectivas y el establecimiento de monopolios de materias primas en las mismas, las nuevas potencias industriales (caso de Alemania e Italia) se habían encontrado con sólo los restos de la gran tarta colonial; de ahí su presión cada vez más exasperada para imponer, a la fuerza si fuera preciso —y lo fue—, un nuevo reparto colonial más equitativo. Al resultar fallido el primer intento se hizo inevitable el segundo veinte años después, ya que las causas del conflicto persistían. Pero esta vez el desastre fue realmente a escala mundial, con el consiguiente despertar de las conciencias nacionales, despertar, por lo demás, largamente preparado ya por el prolongado mantenimiento del sistema colonial mismo. En cualquier caso, los movimientos nacionalistas de liberación —en unos casos impulsados por las burguesías nacionales, en otros por los respectivos partidos comunistas, y frecuentemente por una alianza

temporal de ambos, pretendiendo instrumentalizarse mutuamente— consiguen independizar en muy pocos años a la mayoría de las antiguas colonias.

Pero la independencia será mucho más aparente que real. Por una parte, en el contexto internacional de alineamiento en dos grandes bloques, las nuevas naciones se ven impelidas a encuadrarse con sus antiguos patrones; por otra, el largo brazo del capitalismo —al igual que ocurre con el imperialismo soviético— no suelta fácilmente su presa, aunque para ello precise transformarse. El capitalismo inicia así nuevos métodos y nueva teoría legitimadora: es el método desarrollista y la teoría de la modernización.

En definitiva, los grandes vencedores del conflicto bélico mundial habían sido los países anglosajones; en definitiva, era el modelo anglosajón de desarrollo tecno-económico e instituciones democráticas el gran triunfador ante los totalitarismos: el nazi, ya aniquilado, y el soviético, recién erigido en el gran peligro para el mundo occidental y, sobre todo, para el Tercer Mundo. Tanto en el sentido económico como en el político urgía la incorporación de la periferia, recién salida del sistema colonial, al modelo occidental mediante programas de desarrollo y modernización. Se acuña por entonces la dicotomía «países desarrollados» vs. «países subdesarrollados» (poco más adelante se añade un término intermedio: «países en vías de desarrollo» (*developing*, frente a los *developed* y los *underdeveloped*). La misma teoría política se simplifica al máximo: no cabe más política que las «políticas de desarrollo».

El enfoque estructural-funcional, claramente hegemónico entonces, dirigido por Parsons, se adapta casi de inmediato al nuevo momento histórico; centrado hasta entonces en consideraciones analítico-normativas sobre la estructura del sistema social, pasa a prestar una atención preferente a los problemas del cambio social; nada importa que para ello haya que retomar las categorías conceptuales del evolucionismo cultural que antes había arrinconado, así como la vieja metodología de los «tipos ideales». El modelo de sociedad occidental —abusiva denominación dada al modelo anglosajón— es presentado como la avanzadilla de la civilización en el mundo, marcando las rutas del desarrollo tecnoeconómico y de la modernización de las instituciones sociales.

La apelación a Weber permite formular fácilmente el tipo ideal de «modernización»: una sociedad modernizada es, ante todo, aquella que presenta un elevado índice de industrialización. En efecto, la industria es el motor de todo desarrollo, y no sólo del crecimiento tecno-económico, porque el proceso industrial induce necesariamente una división creciente del trabajo y una marcada diferenciación social, en base a criterios de racionalidad que rompen las pautas tradicionales de la sociedad. Con la industria se acelera también el proceso de urbanización, que constituye el factor modernizador clave, ya que es el contexto urbano el que revoluciona las relaciones familiares y sociales, a la vez que potencia las instituciones basadas en la racionalidad y en la eficacia; por último, el mismo contexto urbano impulsa decisivamente los programas de educación, cultura y especialización profesional, a la vez que favorece la participación ciudadana en las instituciones políticas

democráticas. El tipo ideal de una sociedad desarrollada y moderna viene dado, pues, por la conjunción armónica de cuatro factores: 1) desarrollo tecno-económico, 2) elevado índice de diferenciación social, 3) instituciones burocráticas (esto es, diseñadas y dirigidas por expertos o funcionarios) y, 4) finalmente, un alto grado de participación política efectiva.

En el polo opuesto elabora el tipo ideal de sociedad «tradicional» que se caracteriza, justamente, por los mismos rasgos invertidos: el desarrollo de sus fuerzas económicas es preindustrial o escasamente industrializado; su grado de diferenciación social es mínimo o bien se basa en criterios de castas o estamentos; se trata de sociedades predominantemente rurales, con instituciones basadas en la tradición y el parentesco; y son, por último, sociedades sin participación política efectiva, al estar regidas por poderes totalitarios, en diferentes grados y formas.

El análisis sociológico ha de centrarse, pues, sobre el cambio social: cuáles son las etapas del desarrollo y cuál es la estrategia modernizadora más rápida y eficaz. En la cuestión de las etapas se da una rara unanimidad: la etapa primera y fundamental, que actúa como condición necesaria —y que algunos teóricos y los políticos tenderán a considerar también como suficiente— es la industrialización integral; en efecto, la exportación de materias primas a las metrópolis debe dejar paso a extensos programas de industrialización para sustituir importaciones (estrategia que se llamará «capitalismo periférico»), aunque paradójicamente ello obligue a enormes importaciones de bienes de equipo, de capital financiero y hasta de alimentos. Sobre esta base se traza toda una secuencia de estadios de desarrollo económico, entre los que destaca el modelo de crecimiento sostenido de Rostow (*Las etapas del crecimiento económico*), que prometían enlazar al cabo de unos pocos decenios con los países desarrollados. El desarrollo se plantea, pues, como una cuestión primordialmente técnica: todo depende de un diseño económico acertado.

En la cuestión de la estrategia modernizadora, sin embargo, se produjeron notables discrepancias teóricas, hasta el punto de que se hace preciso hablar de las teorías de la modernización (y no de la teoría de la modernización, como se hace habitualmente). Las discrepancias proceden del modelo adoptado como marco conceptual para la estrategia modernizadora elegida. Para el objetivo de este trabajo cabe agruparlas en dos modelos básicos, que darán lugar a sus estrategias respectivas: el modelo «endógeno» y la estrategia de la «diferenciación», y el modelo «exógeno» y su correspondiente estrategia de la «comunicación»¹. Estudiémoslos por separado con algún detenimiento, aunque sin olvidar que ambos modelos comparten un mismo marco conceptual: la modernización es un proceso de cambio social planteado como un «antes» y un «después de» la misma, «distinguiendo la estructura social anterior de la posterior a través de dos series de atributos dicotómicos,

1 Para esta clasificación me he guiado por C. Solé, *Modernización: un análisis sociológico* (Península, Barcelona 1976) 81-113.

cada uno de los cuales constituye un sistema generalizable de variables interrelacionadas», como dice Bendix en su «Tradition and Modernity reconsidered»². Se comienza, pues, por definir los atributos característicos de lo tradicional y de lo moderno para luego oponerlos e interrelacionarlos, lo que permitirá una clasificación de las sociedades según su grado de modernización relativa, ya que la transición de un extremo al otro se caracteriza, según Eisenstadt, por una «mezcla de atributos correspondientes a uno y otro polo, y eventualmente por el descenso de atributos del primero y el ascenso del segundo»³.

1.1. EL MODELO «ENDOGENO» Y LA TEORIA DE LA «DIFERENCIACION»

El evolucionismo cultural constituye el principal marco categorial del modelo «endógeno» tal como aparece en autores como Parsons, Shils, Smelser, Marion Levy, Bellah, Eisenstadt, etc.: las sociedades cambian obedeciendo, ante todo, a factores endógenos propios, mientras que los factores externos al proceso de cambio social sólo tienen un papel secundario en cuanto activadores del mismo, papel que cumplen sólo cuando son homogéneos con el sistema interno (de lo contrario no tienen incidencia alguna en el proceso y son rechazados sin más). La sociedad aparece, pues, como un sistema cerrado y autosuficiente; consiguientemente el cambio modernizador es un proceso de transformación por crecimiento interno; esto es, la modernización aparece como la fase madura de la sociedad tradicional y es, por tanto, totalmente incompatible con ella. Por lo mismo, el proceso de modernización es inevitable una vez que se producen las condiciones necesarias para el inicio del proceso, es decir, la industrialización, cuyas consecuencias son universales en lo fundamental. ¿Por qué entonces unas sociedades han madurado antes, esto es, se han modernizado, mientras que otras se han retrasado o están todavía en la fase tradicional? Para responder a esta pregunta se ha formulado la teoría de la «diferenciación».

La tesis principal de los teóricos de la diferenciación social es la de que el proceso modernizador ha de entenderse en términos de capacidad adaptativa de una sociedad respecto del medio ambiente. En efecto, las sociedades se reestructuran internamente de modo similar a los organismos: como respuesta adaptativa a las exigencias del medio, siguiendo la ley de máximo nivel de «autosuficiencia como sistema», en términos de Parsons. La modernización ha de entenderse, pues, como un cambio estructural cuyo indicador más representativo es el grado de diferenciación económica, social, cultural y política, en funciones y roles específicos, siempre en pos de una mayor eficacia histórica. Se transforman así profundamente los roles tradicionales de la familia y se introducen por doquier criterios de racionalidad instrumental (en

2 R. Bendix, 'Tradition and Modernity reconsidered', *Contemporary Studies in Society and History* 9 (1966-67) 310 (cit. por C. Solé, op. cit., 83).

3 S. N. Eisenstadt, 'Social Change, Differentiation and Evolution', *Amer. Sociol. Review*, vol. 29 (1964) 376-7 (cit. por C. Solé, op. cit., 83). De este autor puede leerse en castellano: *Modernización, protesta y cambio* (Aморrrortu, Buenos Aires 1968); *Ensayos sobre el cambio social y la modernización* (Tecnos, Madrid 1970).

detrimento de las pautas de origen religioso, de casta o de clase), lo que favorece grandemente la movilidad ocupacional y profesional. El proceso de diferenciación social produce fuertes tensiones y conflictos pero la nueva integración no resulta excesivamente costosa a condición de contar con una estructura política capaz de absorber, controlar y canalizar democráticamente los problemas suscitados, como han destacado Eisensadt y Shils, quienes tienden a considerar a la élite o clase política como la portadora del rol decisivo para que el proceso modernizador llegue a feliz término sin colapsos, hasta el punto de que, como dice uno de sus críticos, «una sociedad no se moderniza, sino que es modernizada por sus élites».

1.2. EL MODELO «EXOGENO» Y LA TEORIA DE LA «COMUNICACION»

Otro grupo de teóricos de la modernización se ha desviado de la ortodoxia del enfoque estructural-funcional a fin de ofrecer una teoría más convincente de la misma. No dejan de reconocer la importancia de los factores endógenos, pero hacen jugar el papel decisivo a los factores exógenos (en concreto, a los factores históricos), aún a costa de occidentalizar todavía más el modelo. Así Bendix escribe: «Por modernización entiendo un tipo de cambio social que tiene su origen en la revolución industrial inglesa de 1760 a 1830 y en la revolución francesa de 1789 a 1794».

El propio Bendix lo caracteriza como un modelo abstracto, multilineal e hipotético. Su tesis central es que las sociedades no son sistemas cerrados, sino abiertos; ante el cambio, el papel más decisivo lo juegan las circunstancias externas. Y aunque admite que la transición de la Tradición a la Modernidad se produce sin solución de continuidad, advierte que no se trata de un proceso determinista, sino que incluye siempre ciertas crisis y bloqueos; es más, no siempre ni necesariamente la modernización culmina en la modernidad: el final feliz depende en gran medida de la habilidad de los que denomina «agentes modernizadores». En este último punto se observa una convergencia notable con Eisenstadt y Shils (quienes ocupan, en realidad, una posición intermedia entre ambos tipos de modelo modernizador).

Además de Bendix, el enfoque exógeno ha sido sostenido por Lerner, quien relativiza todavía más claramente los conceptos de «atraso», «desarrollo» y «modernización»; y por Gerschenkorn, quien considera esencial el concepto de «industrialización importada»: el proceso modernizador no puede iniciarse siquiera si un país avanzado no impulsa la industrialización a gran escala en el país atrasado.

El efecto colonizador aparece, pues, mucho más nítidamente en el modelo exógeno. Y aunque distingue mejor la incertidumbre del proceso, comparte con el modelo endógeno sus principales defectos: a) utilización abstracta del concepto de «sociedad tradicional», que ignora la diversidad de contextos históricos y de contenidos culturales; b) consideración estática de las sociedades tradicionales: como si éstas no fuesen fruto también de un dinamismo histórico específico; c) el proceso modernizador es entendido por ambos modelos como un *continuum*,

con etapas casi fijas entre dos polos extremos: sociedad tradicional - sociedad moderna; d) por último, ambos tipos polares son contrapuestos dicotómicamente en sentido excluyente, pese a que la experiencia histórica y sociológica muestre numerosos ejemplos de compatibilidad parcial o de mezcla (caso del Japón).

Sobre el enfoque exógeno se han formulado diversas teorías que traducen el proceso modernizador en términos de comunicación, con lo que el énfasis recae sobre los individuos y no sobre las estructuras sociales (como acontecía en los teóricos de la diferenciación). Su tesis central afirma que es la comunicación la que configura la sociedad. Por tanto, la modernización sólo puede realizarse mediante el desarrollo de los medios sociales de comunicación (Pye, Lerner, Schramm, Almond, Deutsch, etc.). Estos autores aducen numerosos estudios que demuestran una interrelación notable entre el desarrollo de los *mass media* y los índices de alfabetización, renta per capita y urbanización; como tales, estos indicadores hacen mensurable en cierto modo el índice global de modernización. Así Lerner y Deutsch definen la modernidad como la «máxima coherencia sistémica» entre cuatro índices estrechamente asociados: urbanización, alfabetización, uso de los medios de comunicación social y actividad política. Para Lerner (*The Passing of Traditional Society*) este *maximum* de modernidad se expresa en el «estilo de vida participante», conforme al cual clasifica las sociedades en tradicionales, transicionales y modernas, a la vez que establece algunas previsiones muy concretas sobre las correlaciones entre la urbanización, el incremento de los *mass media* y la alfabetización. Pero estudios posteriores de Schramm y Ruggels desmienten en parte tales hipótesis. En definitiva, para Lerner la modernidad tiene un componente psicológico básico, el estilo de vida participativo, el desarrollo de una personalidad empática y comunicativa.

Para Deutsch, en cambio, la madurez del proceso modernizador se mide por una variable sociológica: el índice de movilización social, concepto que define como «el proceso por el cual se erosionan e interrumpen mayor número de compromisos sociales, económicos y psicológicos, encontrándose más gente disponible para asumir nuevas pautas de socialización y conducta». Esta movilización social tiene un sentido preciso: el de la movilidad social vertical o promoción económica de sí y de los suyos, con las ventajas sociales adicionales; tal sería el impulso característico de la modernidad⁴.

Las revisiones más recientes de la teoría de la modernización se limitan a ser cada vez más estrategias económicas concretas. Así la denominada «teoría de la superación» se centra exclusivamente en el diseño de una estrategia de desarrollo que evite o sea capaz de resolver los famosos «cuellos de botella» que se forman en el proceso y amenazan con asfixiarlo. Y la teoría del «comercio internacional», que se limita a reformular el teorema de los costes comparativos de Ricardo y postula una integración plena en el mercado mundial de los países

⁴ Para una exposición más amplia y referencias concretas, cf. C. Solé, op. cit., 81-113.

en desarrollo siguiendo el lema de «Ayuda por el comercio» (*Aid by Trade*): ¿quiere Vd. colaborar en la modernización de un determinado país? Pues intégrele en su red comercial. Por lo demás, las nuevas revisiones han desatendido todavía más los aspectos distributivos con el pretexto de que la atención a una distribución justa del producto sólo significaría un freno adicional para el desarrollo; de ahí su conocido eslogan: «acumulación primero, distribución después».

Pero, pese a sus defectos intrínsecos, y a las duras críticas recibidas de parte de la teoría de la dependencia, el enemigo mortal de las teorías de la modernización por el desarrollo fue la crisis de los años setenta, ya que todas ellas basaban su viabilidad en el supuesto de la abundancia de los años sesenta. La misma crisis acabó también a corto plazo con las políticas económico-sociales del «estado benefactor». Hoy los programas de desarrollo han sido sustituidos ya por la política de «satisfacción de las necesidades primarias» mediante cuotas asignadas en favor de los países subdesarrollados, la «Conferencia Norte-Sur», y programas concretos y puntuales de los organismos internacionales (FAO, etcétera).

Hoy nadie duda ya del final de las teorías del desarrollo. Ante todo, por su agotamiento interno, pues el capitalismo ha iniciado ya una nueva fase a partir de la revolución informática o tercera revolución industrial, con nuevas estrategias de capitalismo periférico (en especial a través de las empresas multinacionales). Con ello se ha hecho realidad lo que Wallerstein denomina el «Capitalist World-System» (sistema-mundo capitalista), de tal modo que los países periféricos han dejado ya de contemplarse desde el prisma occidental de «países en desarrollo» o «países subdesarrollados» para ser incluidos en un proceso histórico de división desigual del trabajo a escala internacional, y han sido inmersos, por tanto, en el «sistema-mundo capitalista» mediante una red comercial mundial de «intercambio desigual» (A. Emmanuel, S. Amin)). La teoría de la dependencia, gestada en buena medida en Iberoamérica, fue la adelantada en algunos aspectos de la crítica a esta estrategia, a partir de la nueva exégesis que hizo de la teoría del «imperialismo» (Lenin, Hilferding, Rosa Luxemburg, etc.)⁵. Pero la evolución actual del capitalismo la ha hecho envejecer rápidamente; no obstante, durante varios lustros ha sido la alternativa teórico-práctica al desarrollismo modernizador (aunque resulta falso responsabilizarla del fracaso de los programas desarrollistas en Iberoamérica, porque ya habían fracasado por sí solos; sobre su fracaso se alzó y se potenció la teoría dependentista).

⁵ I. Wallerstein, *The Modern World-System* (Nueva York 1974); *El moderno sistema mundial* (Siglo XXI, Madrid 1979); *The Capitalist World-economy* (Londres 1977). Para una exposición más amplia cf. M. Jiménez Redondo, 'Capitalismo periférico: imperialismo y dependencia', en J. Rubio Carracedo y M. J. R., *Problemas centrales de la sociología*, vol. II (Nau, Valencia) 101-23.

II.—¿MODERNIZACION O DEPENDENCIA? LA CRITICA IBEROAMERICANA A LAS TEORIAS DEL DESARROLLO

En los años cincuenta toda Iberoamérica se convirtió en centro privilegiado de las inversiones norteamericanas; eran los años de la «guerra fría» y Estados Unidos había sufrido el retraimiento casi repentino de los «Países del Este» (en Europa y en Asia) de su área comercial. Las teorías de la modernización ofrecieron después una legitimación ideológica a los programas de desarrollo, gubernamentales («Alianza para el Progreso») y privados, que para su propio beneficio ofrecieron a los países iberoamericanos. Argentina, Chile, Brasil, México, Venezuela y todos los demás se lanzaron a la aventura desarrollista e iniciaron costosísimos programas de industrialización, programas que el capitalismo yanqui financiaba generosamente, aunque luego tales facilidades crediticias resultaran ser una trampa mortal para la soberanía —y no solamente la económica— de Iberoamérica.

En los mismos años cincuenta tuvo lugar el proceso que Cardoso denomina «recepción de la sociología científica» en Iberoamérica, que desplaza rápidamente la tradición europea de pensamiento social. Pero los nuevos sociólogos reciben también la etiqueta «Made in USA» y son adoctrinados en la nueva versión desarrollista y modernizadora. Esta aculturación selectiva no impidió, sin embargo, que fueran los sociólogos los primeros en formular sus críticas al modelo importado, en diferentes tonos. La crisis estalló incontenible mediados los sesenta. Tres hechos la impulsaron decididamente: 1) el fracaso de los programas desarrollistas en Argentina y Brasil; 2) el impacto de la revolución cubana (en especial a través de la interpretación que hizo de la misma Wright Mills en su *Listen Yankee!*); y 3) la revelación del «proyecto Camelot» que puso al descubierto la utilización de la sociología por las agencias norteamericanas de contrainsurgencia⁶. Se hizo inevitable entonces lo que Cardoso y Weffort llaman «el gran avance crítico», al que caracterizan como «una especie de ajuste de cuentas de los sociólogos latinoamericanos con los modelos teóricos en que se formaron: negación de las hipótesis de una correspondencia lineal entre urbanización e industrialización, negación de la existencia de una rígida dualidad tradicional-moderna, negación de la existencia de una burguesía industrial identificada con un proyecto nacional de desarrollo industrial, etcétera.»⁷ La pretendida modernización va a ser denunciada entonces como un programa de explotación, como «el desarrollo del subdesarrollo», según la vigorosa expresión de Gunder Frank. Al decir de Ignacio Sotelo, los sociólogos iberoamericanos constatan de golpe que habían asumido la «ciencia» del opresor⁸. La pretendida sociología científica, uni-

6 J. F. Marsal, *La crisis de la sociología norteamericana* (Península, Barcelona 1977) 261-64.

7 F. H. Cardoso - F. Weffort, *América Latina: ensayos de interpretación sociológico-política* (Universitaria, Santiago de Chile 1970) 26.

8 I. Sotelo, 'Notas para una reconsideración de la historia del pensamiento latinoamericano', XI Congreso Latinoamericano de Sociología, 1974 (cit. por J. F. Marsal, op. cit., 262).

versal, valorativamente neutral y objetiva va a trocarse por una sociología nacionalmente comprometida, periférica, legitimada por la praxis, que Delich denomina «sociopopulismo»⁹.

Pero conviene distinguir desde el principio tres tipos de críticas. Un primer grupo lo constituye la orientación «nacionalista burguesa»; un segundo grupo, el más numeroso e influyente, es de orientación neo-marxista; y puede hablarse de una tercera vía intermedia, capitaneada por Fernando Cardoso y Enzo Faletto¹⁰. Examinémoslas con alguna detención por separado.

1. CRITICAS DE ORIENTACION «NACIONALISTA BURGUESA»

Estas críticas enfocan lo que llaman «subdesarrollo dependiente» iberoamericana como una corrección en profundidad del modelo modernizador importado para adaptarlo a las circunstancias locales, de modo que se trate de un auténtico proyecto nacional de modernización. En esta línea se sitúan los trabajos de Osvaldo Sunkel, Aldó Ferrer, Helio Jaguaribe y Celso Furtado, siendo el primero su principal teórico. Sunkel parte de una premisa básica: los nexos del subdesarrollo y la dependencia son el resultado cumulativo de toda una serie de variables internacionales y locales, y no el producto exclusivo de la lucha de clases a escala mundial. Son el producto de la injerencia de los intereses extranjeros y la complicidad de ciertos grupos locales. En todo caso, el papel hegemónico en la dirección del proceso modernizador corresponde al estado nacional, y no a los expertos o tecnócratas.

Se trata, pues, de una corrección nacionalista burguesa a la teoría de la modernización. De ahí la primacía que otorga a los factores exógenos (los intereses extranjeros) como la causa decisiva del subdesarrollo real, mientras que apenas presta atención a la dialéctica entre fuerzas externas y estructuras sociales internas. Ello es así porque Sunkel se sirve del modelo centro-periferia, diseñado por Presbisch en 1950¹¹, para hacer ver que los programas modernizadores exógenos son una estrategia más de los países capitalistas del «centro», monopolizadores de la tecnología y del capital, mientras que asignan a los países de la «periferia» el suministro de materias primas y de aquellas industrias que coyunturalmente les interesa a aquéllos, ya que disponen de capacidad propagandística y política para así imponerlo.

9 F. Delich, 'Sociopopulismo, sociología y dependencia', en A. Touraine y otros, *Ideología y realidad nacional* (Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires 1970).

10 F. H. Cardoso y E. Faletto, *Desarrollo y dependencia en América Latina* (Siglo XXI, México 1969). Para una exposición más amplia cf. H. C. F. Mansilla, 'Crítica a las teorías de la modernización y la dependencia', *Revista Internacional de Sociología* 37, 31 (1979) 329-49. Para otras clasificaciones cf. Marsal, *op. cit.*, 263-64.

11 R. Presbisch, *El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas* (México 1950). También Shils se ha servido ampliamente de los conceptos «centro» y «periferia» (E. Shils, *The Political Development of the New States*, 1965). Un buen resumen de las ideas de O. Sunkel se encuentra en su trabajo 'El subdesarrollo dependiente en América Latina', en C. Naudon (ed.), *América Latina '70. Servidumbre o independencia en la presente década* (Santiago de Chile 1970).

En esta estrategia se comprende, pues, que el subdesarrollo de la periferia es condición para el desarrollo del centro; y las teorías de la modernización exportadas son una coartada ideológica legitimadora. Por lo demás, su implantación en Iberoamérica ha conllevado un proceso de desintegración nacional debido a la complicidad de ciertos grupos locales que, con su ayuda, se han erigido en centro interno y se han integrado en la estructura capitalista internacional, mientras que han «marginalizado» a los demás sectores o clases. El subdesarrollo iberoamericano es un producto dependiente; es decir, es consecuencia de la subordinación política y social al modelo yanqui, y la «marginalización» de los pueblos de sus propios procesos de desarrollo es su resultado inevitable. Urge, pues, rechazar el modelo impuesto y sustituirlo por un proyecto autóctono de desarrollo nacional.

2. CRITICAS DE ORIENTACION NEOMARXISTA

Este grupo es el verdadero protagonista de la teoría de la dependencia y son los principales responsables de la repercusión internacional que obtuvo la teoría por los años setenta. Su fuente inmedita de inspiración fueron —¡cómo no!— los marxistas norteamericanos, receptores tardíos de la teoría del imperialismo, entre los que destacan los trabajos de Paul Baran y de Paul Sweezy (*The Political Economy of Growth*, 1957; *Monopoly Capital*, 1966). Pero los sociólogos iberoamericanos supieron refundirla en la teoría de la dependencia. El primer formulador de la teoría fue el mexicano Rodolfo Stavenhagen en su ensayo «Siete tesis erróneas sobre América Latina», publicado originalmente en el periódico *El Día* (junio, 1965). Poco después aparecen las contribuciones de Theotonio dos Santos, Pablo González Casanova, Ruy Mauro Marini, Luis Vitale, Armando Córdova, Héctor Silva Michelena, etc. Tanto en la formulación como en la difusión de la teoría colaboró también de modo fundamental el estadounidense André Gunder Frank. En Europa la teoría fue conocida, sobre todo, a través de su crítica y reformulación por A. Emmanuel y los egipcios Anuar Abdel-Malek y Samir Amin¹².

12 El ensayo de Stavenhagen se vertió —revisado y ampliado— al inglés en J. Petras & M. Zeitlin (eds.) (*Latin America. Reform or Revolution?* [Nueva York 1968] y al francés, *Sept thèses erronées sur l'Amérique Latine* (Paris 1973); Th. Dos Santos, *Dependencia y cambio social* (Santiago de Chile 1970); P. González Casanova, *Sociología de la explotación* (Siglo XXI, México 1969); R. M. Marini, *Tres ensayos sobre América Latina* (Anagrama, Barcelona 1972); L. Vitale, 'Latin America: Feudal or Capitalist', en Petras & Zeitlin, (eds.), op. cit., 32-43; Th. Dos Santos, 'El nuevo carácter de la dependencia', *La crisis del desarrollismo y la nueva dependencia* (Lima 1969); Jaguaribe-Ferrer-Wionczek-Dos Santos, *La dependencia político-económica de América Latina* (México 1969); A. Gunder Frank, *Sociology of Development and the Underdevelopment of Sociology* (1966); *Capitalism and Underdevelopment in Latin America* (1967); (v. cast. Siglo XXI, México 1970); *Latin America, Underdevelopment or Revolution* (Nueva York 1970); *World Accumulation 1492-1789* (Nueva York 1978); A. Emmanuel, *El intercambio desigual* (Siglo XXI, México 1972) (original de 1969); A. Abdel-Malek, comp., *Sociologie de l'impérialisme* (Paris 1971); *La dialectique Sociale* (Seuil, Paris 1972); S. Amin, *L'accumulation à l'échelle mondiale. Critique de la théorie du sous-développement* (Anthropos, Paris 1970); *Le développement inégal* (Minut, Paris 1973).

La premisa de partida que niega A. Gunder Frank (*World Accumulation 1492-1789*) es la de que los países pobres han de imitar el modelo desarrollista para salir de su pobreza; al contrario, la causante del subdesarrollo ha sido la intervención imperialista en sus economías. El modelo desarrollista no es más que el último episodio de un proceso histórico de dependencia exterior sufrido por Iberoamérica, al menos desde la colonización española. Allí no ha existido, en realidad, la dualidad tradición-modernidad, impulsora del proceso modernizador; el contrario, siempre ha sido una sociedad global única, con un proceso común de elementos feudal-tradicionales y capitalista-modernos. En efecto, desde la colonización española los aspectos tradicionales han estado exclusivamente en función del desarrollo de la economía colonial en cuanto proveedores de fuerza de trabajo barata para la industria extractiva y la de plantaciones. Los españoles habrían sido, pues, los inventores del sistema capitalista en sus colonias americanas, en contraste con las estructuras feudales que perduraron todavía largo tiempo en la metrópoli. Desde entonces puede hablarse en Iberoamérica de «capitalismo periférico», fomentador del «desarrollo del subdesarrollo». Estos autores niegan que los propietarios de latifundios formasen nunca allí una aristocracia feudal, sino que constituyeron la primera burguesía, la «burguesía criolla».

El «imperialismo» se inició, pues, con España y Portugal en sus colonias americanas; por contraste, los ingleses y franceses inventaron primero el capitalismo en la metrópoli y lo establecieron posteriormente en sus colonias. Pero el proceso imperialista fue siempre el mismo: destrucción de las estructuras sociales y políticas indígenas, y satelitación económica y política de las colonias. La dependencia ha sido, por tanto, siempre estructural, no meramente coyuntural, ya que el capitalismo periférico sólo se establecía en función de la acumulación de capital en la metrópoli. En todo caso, la relación metrópoli-colonia nunca dejó lugar a la estructura dualista. Tras la independencia de España, fue la misma estructura capitalista, con la activa complicidad de la burguesía criolla, la que facilitó su sustitución por otra metrópoli económica: los Estados Unidos de América.

Esta tesis, tan discutible, ha sido corregida, ampliada y reformulada por Samir Amin (quien la reconstruye en su teoría del «desarrollo desigual») y, más recientemente, por Inmanuel Wallerstein, quien historia los sucesivos intentos de construir el «Capitalist World-System» en cuatro etapas a partir de 1640, pero devuelve al Norte de Europa el dudoso mérito de haber inventado el capitalismo propiamente dicho (chinos, romanos y españoles figuran como precursores).

El dependentismo de Frank ha sido criticado y corregido por Dos Santos, F. Laclau, Marini, Córdova, A. Martinelli y C. S. Assadourian¹³.

13 Th. Dos Santos, loc. cit., en nota 12; E. Laclau, 'Feudalism and Capitalism in Latin-America', *New Left Review* 67 (1971); A. Cordova, *Strukturelle Heterogenität und wirtschaftliches Wachstum* (Frankfurt 1973) 118-67; R. M. Marini, loc. cit., en nota 12; A. Martinelli, 'Remarques critiques sur le problème du dualisme dans la théorie du développement', en A. Abdel-Malek (ed.), op. cit., 591-610; C. S. As-

Estos autores no aceptan la excesiva simplificación del fenómeno capitalista ni su prevista inevitabilidad, en la teoría de Frank. Tampoco aceptan su énfasis generalizador sobre las relaciones externas de intercambio, como si las relaciones internas mimetizaran simplemente la dinámica metrópoli-colonia.

A su entender, ello ocurre así porque Frank ha descuidado en exceso el modo de producción para centrarse en las relaciones de intercambio. Por eso, siguiendo a Baran y Sweezy, Frank sustituye la compleja problemática de la plusvalía por la mucho más simple del «excedente». En general, los autores iberoamericanos permanecen más próximos a la ortodoxia marxista, pese a que ya Stavenhagen rechazó la tesis marxiana de la modernización capitalista como paso previo a la revolución socialista. Subrayan, por el contrario, la dependencia estructural —y no meramente coyuntural— entre el desarrollo del centro y el subdesarrollo de la periferia; es esa dependencia estructural la que genera la relación imperialista de subordinación del desarrollo; en efecto, incluso las inversiones se realizan sin conexión alguna con las necesidades del país, sino en función exclusiva del beneficio capitalista. Y lo mismo cabe decir de las tecnologías importadas: son las multinacionales las que deciden la que más le conviene; en definitiva, la «situación de dependencia» no permite al estado en cuestión tomar decisiones económicas propias, justamente porque el control de la economía nacional no está en sus manos; y si lo estuviera en algún grado, ha de contar con la capacidad de presión y de represalia de los poderes imperialistas y de sus cómplices indígenas locales, como han subrayado S. y B. Stein¹⁴.

Obviamente, un examen atento descubre fácilmente cómo los planes desarrollistas evitan entrar en competencia con los intereses de la metrópoli y siguen más bien una línea suplementaria o complementaria. De ahí que induzcan casi necesariamente el desequilibrio económico al promover monocultivos o monoproducción industrial. Ello es así porque, en definitiva, se trata de un desarrollo dependiente. El sistema pre-desarrollista, en cambio, mantenía un equilibrio innegable, lo que compensaba con creces la limitación de lo producido.

3. EL «DEPENDENTISMO» DIFERENCIADO DE CARDOSO Y FALETTO.

La obra de los brasileños Cardoso y Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, es contemporánea de las precedentes, pero presenta un modelo dominancia-dependencia mucho más diferenciado de la teoría marxista del «imperialismo». Esta teoría les parece irremisiblemente anticuada para explicar las nuevas formas de acumulación y expansión internacional del capital; en particular, la teoría leninista del control del capital industrial por el capital financiero. A su juicio, con el nuevo sistema de capitalismo periférico que son las multinacionales, las sociedades dependientes siguen un proceso creciente de transferencia de capital y utilidades a las metrópolis respectivas, mientras decre-

sadourian, *Modos de producción, Capitalismo y Subdesarrollo en América Latina* (Nueva Visión, Buenos Aires 1973).

14 S. & B. Stein, *The Colonial Heritage of Latin America* (Nueva York 1970).

cen las inversiones extranjeras netas, que se dirigen cada vez más a los sectores industriales y se alejan del sector primario. Por ello, los consorcios multinacionales en constante expansión complican hasta invalidarlas las viejas fórmulas del intercambio desigual con sus sistemas de propiedad mixta con participación del capital local.

Ello hace que, pese al fracaso global de los programas desarrollistas, el crecimiento económico producido no pueda calificarse sin más como mero crecimiento económico sin alteración de estructuras, como hacen los neomarxistas; de hecho, el capitalismo periférico ha introducido, al menos, una nueva división internacional del trabajo. Justamente, es la participación en mayor o menor medida en esta nueva división internacional del trabajo la que hace desigual la situación de los diferentes países iberoamericanos, ya que las innovaciones laborales y tecnológicas fomentan la productividad en tal grado que hacen antieconómica la clásica explotación capitalista de grandes masas de trabajadores no cualificados.

Cardoso define, en consecuencia, el proceso modernizador iberoamericano como el «desarrollo dependiente-asociado» y ofrece una explicación diferente de lo que Osvaldo Sunkel llama «proceso de desintegración» nacional; en efecto, el desarrollo «dependiente-asociado» o sistema semi-periférico genera nuevas formas de dependencia y de fragmentación interior, hasta formar verdaderas «colonias internas». Países como Brasil o México son potencias semiperiféricas con amplios fragmentos periféricos en su interior que no han sido integrados al nuevo sistema internacional del trabajo. Por ello Cardoso distingue entre el subdesarrollo y el no-desarrollo; el subdesarrollo es un concepto muy relativo y diferenciado, mientras que el no-desarrollo es el nombre que corresponde a las «colonias interiores» (*Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes*, México, 1971). Pero tampoco Cardoso admite que esta dualidad estructural tenga el carácter dualista que le atribuye la teoría de la modernización, justamente porque resulta funcional para el capitalismo.

¿Qué puede hacerse, entonces? Aquí Cardoso y Faletto se acercan a los dependentistas neomarxistas. El primer efecto de la teoría de la dependencia es el permitir a las naciones iberoamericanas el alcanzar una comprensión autónoma de sí mismas, pues, como dice el peruano Salazar Bondy (*La cultura de la dependencia*, Lima, 1966), poseen sólo una realidad «derivada», sin autenticidad propia. Se trata de encontrar la identidad nacional mediante el rechazo del imperialismo económico y cultural. Pero se trata también de una premisa previa para la elaboración de un modelo autóctono de modernización. Porque, en efecto, no se rechaza el desarrollo económico, sino el modelo exterior impuesto por el capitalismo dominante. Si se pronuncian por una solución revolucionaria es para iniciar de inmediato un programa desarrollista propio. ¿Según qué modelo? Aquí las divergencias aparecen nuevamente.

Los neomarxistas siguen el lema de Gunder Frank: «América Latina: subdesarrollo capitalista o revolución socialista». El modelo socialista de desarrollo, con su programa de industrialización completa, es presentado como la única alternativa viable. Cardoso, en cambio, opta por

un modelo autóctono de desarrollo que evite por igual recaer en la dependencia, prefiriendo el modelo de los no-alineados. Pero no pasa de presentar un bosquejo genérico. Es más, como dice Mansilla¹⁵, su diseño de superación de la dependencia no enlaza claramente con la parte científico-analítica de su teoría. Por lo demás, los teóricos de la dependencia desatienden casi por completo los aspectos no económicos de la modernización. Y en los aspectos políticos no superan la perspectiva del voluntarismo; así Frank apela a reproducir por doquier la guerrilla cubana; Córdova postula una «integración de las fuerzas progresistas y revolucionarias a escala continental»; y Dos Santos se pronuncia nada menos que por una «guerra popular continental».

III.—DE LA MODERNIZACION A LA MODERNIDAD. HACIA UNA MODERNIZACION AUTONOMA EN IBEROAMERICA

Como se ha podido ver, en lo que todos los teóricos de la dependencia coinciden es en la inexistencia en Iberoamérica de una dialéctica Tradición-Modernidad, cuya tensión podría poner en marcha un proceso modernizador. La inmemorial dependencia colonial, antes hispana, ahora estadounidense, parece hacer obligada la ruptura revolucionaria. Pero esta tesis es demasiado radical para ser válida; encierra, a lo más, una verdad parcial, sobre todo por lo que respecta a la colonización española. En efecto, en el estado actual de la investigación casi nadie discute ya que el imperio español —y en similares términos el portugués— no fue concebido ni realizado primordialmente como una empresa dominadora-explotadora de los nuevos territorios, simplemente porque el contexto histórico-cultural no lo permitía más que como empresa civilizadora cristiano-occidental. Otra cuestión es que se cometieran numerosos abusos y que éstos fuesen tolerados en demasía; pero en la metrópoli se mantuvieron firmemente las exigencias éticas de la colonización. Es improbable, por tanto, que España iniciara en América el modo de producción capitalista ya que, ni se produjo verdadera acumulación de capital (la industria extractiva de metales preciosos se realizaba, sobre todo, en función de los cuantiosos gastos ocasionados por algo tan poco rentable como las guerras de religión, aunque también fueran de dominio, sostenidas en Europa), ni —lo que es más decisivo— se introdujeron sistemas de explotación laboral cualitativamente diferentes de los feudales vigentes en la metrópoli (nótese que jamás se permitió el régimen de esclavitud, que se reservó a los negros importados de Africa).

En todo caso, es indudable que las actuales naciones iberoamericanas recibieron de sus metrópolis hispanas, junto a la dominación política y económica, la flor y nata del legado cultural europeo de la época que entonces encabezaban, legado que se amalgamó en mayor o menor proporción con las culturas autóctonas, aunque incluyese métodos que hoy repugnan a nuestra sensibilidad. Y, más tarde, fue también el lega-

15 Loc. cit., en nota 10. A este trabajo debo numerosas indicaciones y referencias. Cf. también C. Solé, op. cit., 219-30.

do ilustrado europeo el que hizo posible la revolución y la independencia de las colonias americanas. Desde entonces Iberoamérica ha seguido siempre estrechamente vinculada al occidente europeo. Su situación socio-cultural es, pues, radicalmente distinta a la de otros países africanos o asiáticos cuya occidentalización ha sido mucho más tardía y superficial.

Por todo ello Iberoamérica está perfectamente capacitada para realizar su diseño autónomo de modernización. Su amplia herencia europea y sus propias contribuciones autóctonas le permiten emprender una vía propia, lejos tanto de las estrecheces del modelo anglosajón como del modelo socialista marxista, que le es presentado como única alternativa. Es, por tanto, esta tercera vía, apenas esbozada por Cardoso y Faletto, la que ofrece las mejores perspectivas de autenticidad: el proyecto burgués nacionalista de Sunkel depende en exceso del modelo desarrollista anglosajón, mientras que el de los neomarxistas acusa en demasía los planteamientos colectivistas y totalitarios; la experiencia cubana resulta demasiado elocuente.

¿Cuál puede ser la vía iberoamericana a la modernidad? Depende, en buena medida, de la voluntad mayoritaria de los iberoamericanos e incluso es previsible un cierto pluralismo en los respectivos modelos autónomos de modernización según las diferentes peculiaridades y circunstancias. Tampoco es posible trazar un modelo general con pretensiones normativas. Pero sí caben algunas reflexiones sobre los presupuestos básicos del modelo.

El primer punto que es preciso aclarar es el concepto mismo de autonomía del modelo modernizador. En efecto, una teoría crítica de la sociedad pone de manifiesto la insuficiencia y la parcialidad de los modelos desarrollista y socialista, pero ha de reconocer igualmente algunos aspectos valiosos que han de tenerse en cuenta, lo que hace ilegítimos los rechazos indiscriminados y globales. Por otra parte, el componente de autoctonía que legítimamente ha de incorporar el modelo buscado no puede hacer tampoco tabla rasa del contexto internacional, si ha de ser realista, de las relaciones económicas, políticas y culturales, relaciones caracterizadas por una marcada disimetría y desigualdad. Se trata, pues, no tanto de buscar un modelo autóctono, pero voluntarista e irrealizable, como de buscar «un lugar propio al sol» en el torbellino de las dominancias y las dependencias, esto es, de hallar un modelo de autonomía relativa dentro del campo de las posibilidades reales a su alcance.

Las estrategias modernizadoras diseñadas para la periferia político-económica han adolecido casi siempre de un exceso de voluntarismo político: no sólo había que alcanzar y ponerse al nivel de las superpotencias, sino que había que conseguirlo con independencia de las particulares condiciones económicas y sociales. Este voluntarismo político es una herencia tanto de las teorías de la modernización (que responsabilizaban del atraso a las normas tradicionales de comportamiento) como de las teorías de la dependencia (que responsabilizaban de lo mismo a las relaciones imperialistas sin más). Sin embargo, Scheinitz ha demostrado la estrecha colaboración que existe entre las «necesidades

económicas» y las «posibilidades políticas» desde la mera perspectiva de lo que llama «los obstáculos naturales al desarrollo» (ausencia de recursos energéticos o de materias primas estratégicas, situación geográfica desfavorable para el comercio internacional, condiciones climáticas extremas, etc.)¹⁶. Si a ello se añaden las particularidades étnicas y la situación de cada país en la maraña internacional de las alianzas y dependencias políticas se comprenderá fácilmente la inviabilidad de plantearse un modelo de autonomía plena o autóctono.

La asunción de la propia diferencialidad, en cambio, es un presupuesto básico, incluso desde el punto de vista económico. En efecto, la propia evolución del sistema capitalista tras la revolución informática y la nueva estrategia de las multinacionales ha dejado totalmente obsoletos los programas de industrialización integral, que todavía lastran pesadamente las teorías de la dependencia. En efecto, hasta entonces, la estrategia desarrollista insistía en una industrialización plena para sustituir importaciones; pero ahora el énfasis se pone en las industrias selectas, capaces de competir ventajosamente —por uno u otro motivo: nueva tecnología, mano de obra especializada y relativamente barata, recursos de valor estratégico, etc.— en el mercado internacional; esto es, el énfasis se pone en las industrias exportadoras. Cada país ha de estudiar cuidadosamente, por tanto, los productos —en su sentido amplio— que, dadas sus peculiaridades, van a resultar más competitivos, a la vez que se evita por todos los medios no perder el tren de la revolución informática.

Otro defecto también heredado es el énfasis que se pone en los aspectos económicos del proceso modernizador, mientras que se descuidan en exceso los aspectos socioculturales y emancipatorios del mismo. Tal vez por el prejuicio, compartido en demasía por capitalistas y socialistas, del «producir primero, distribuir después», como si las exigencias de la justicia distributiva fueran un lastre adicional para la modernización. Lo cierto es que ambos modelos no sólo coinciden en otorgar la primacía al sector secundario, sino también en la limitación —dicen que «provisional»— de los derechos humanos y políticos. Como si fuese posible legitimar de modo alguno tal limitación de lo humano.

Otro presupuesto básico que ha de enfocarse con sumo cuidado es el proceso de racionalización. Max Weber lo definía como la formalización creciente de los conocimientos, de las instituciones, de la organización de las actividades económicas, políticas, etc., hasta el funcionamiento mismo del estado mediante la burocracia. Es indudable que esta consigna racionalizadora —a expensas de las pautas tradicionales— se ha hecho indispensable en todo proceso modernizador; pero el propio Weber puso en guardia ya sobre sus excesos y tanto la fenomenología como la Escuela de Frankfurt y los diversos humanismos han denunciado su carácter instrumental (mera relación de medios para un fin) en detrimento de la razón humana, que incluye también la elección de los fines y de los valores. Se trata, en realidad, de una transposición abu-

16 K. de Scheinitz, *Industrialization and Democracy. Economic Necessities and Political Possibilities* (Glencoe, Londres 1964) 234-39 (cit. por Mansilla, loc. cit., 347).

siva de un modelo creado para las ciencias naturales al ámbito de las ciencias sociales. Porque lo cierto es que el hombre no es una máquina lógico-combinatoria. Por otra parte, un concepto adecuado de razón es compatible —y hasta viene implicado— con una armonización de lógica y sentimientos, causas y motivos. La experiencia de los excesos racionalizadores resulta también esclarecedora.

En definitiva, y sin abandonar el nivel de los presupuestos básicos en el que me he situado, un proceso autónomo de modernización en Iberoamérica ha de incluir, a mi juicio, cuatro líneas simultáneas de actuación:

1ª MORALIZACION INSTITUCIONAL DE LA VIDA PUBLICA O CONSTRUCCION DE UN ESTADO DEMOCRATICO DE DERECHO

Es éste, sin duda, el parámetro fundamental para iniciar un proceso modernizador realmente autónomo y capaz de alumbrar la modernidad o madurez civil de un país. Ante este parámetro resalta la desigual situación existente entre los diversos estados iberoamericanos: desde los regímenes totalitarios de uno u otro signo hasta los sistemas democráticos plenos o apenas consolidados. En todo caso, resulta decisivo contar con una constitución mayoritariamente consensuada que garantice la libertad y la justicia como bases del ordenamiento jurídico-institucional, el respeto escrupuloso de los derechos humanos y el pluralismo ideológico y político. En definitiva, sólo un sistema democrático pleno puede garantizar, a medio plazo al menos, el fin de la corrupción y de los abusos, del fraude y de la explotación. Es la revolución democrática institucional o, si se prefiere, la reforma democrática incesante.

2ª ELEVACION CUALITATIVA DEL NIVEL CULTURAL

Esta exigencia tiene valor absoluto en sí misma, ya que el hombre sólo alcanza la plenitud humana cuando ha sido educado integralmente en sus capacidades físicas, emotivas e intelectuales; pero resulta, además, un requisito necesario para realizar la primera, ya que un estado democrático de derecho exige la plena participación de los ciudadanos en cuanto seres adultos y cultivados, a quienes no es posible manipular mediante los sofisticados procedimientos de la propaganda política y comercial. Obviamente, la propia constitución habrá de dar prioridad a estos objetivos de educación cívica y política.

3ª UN PROGRAMA PRIORITARIO DE FORMACION DE CUADROS DE CIENTIFICOS, TECNICOS Y GESTORES

Capaces de organizar y dirigir un proyecto autónomo y concreto de modernización. Esta «intelligentsia» indígena habrá de formarse inicialmente en diferentes universidades extranjeras y, al menos en los primeros años, habrá de ser asesorada por expertos internacionales contratados. Pero se trata de conseguir una ciencia, una tecnología y una gestión administrativa autónomas, a la vez que en permanente contacto

e intercambio internacional de experiencias y hallazgos, a fin de evitar tanto el neocolonialismo como la obsolescencia.

4ª UN PROGRAMA DE RACIONALIZACION ECONOMICA Y SOCIAL

Por último, un programa de racionalización económica y social que incluya tanto al sector secundario como al primario y al terciario, desde la actual perspectiva de la economía de exportación, potenciando las posibilidades diferenciales concretas del país en el contexto del comercio mundial. Este programa de racionalización económico-social ha de apoyarse sobre dos pilares: a) incorporación inmediata a la tercera revolución industrial o revolución informática, potenciando los sectores económicos con auténtica capacidad competitiva en la red internacional del comercio. La intervención de las multinacionales es inevitable por la propia dinámica del mercado; por lo demás, aportan las tecnologías más avanzadas y las más cuantiosas inversiones de capital; y una cuidadosa política económica puede paliar en buena medida sus efectos neocolonizadores.

b) Elaboración de un código laboral equitativo, que permita conjugar en lo posible las legítimas exigencias del trabajo y del capital, poniendo una base relativamente sólida para su mutua colaboración, superando definitivamente la fase de los antagonismos de clase precisamente al institucionalizar los conflictos. Ello no es tan utópico como puede parecer a primera vista, y así lo avala la experiencia de ciertos países.

Como antes había indicado, este modelo autónomo de modernización no supera el nivel de los presupuestos básicos; y ahí terminan también sus pretensiones. Pero todo modelo modernizador equilibrado persigue un objetivo último: que el proceso de modernización alumbré la modernidad como fruto final. Porque sólo un proceso modernizador autónomo y equilibrado, libre por igual de desarrollismos obsoletos y de dependencias políticas, culmina en la modernidad; esto es, en un estado democrático de derecho y en una sociedad civil pluralista, tolerante y participativa. El camino es largo y laborioso, pero suficientemente contrastado por las democracias occidentales. E Iberoamérica no es diferente, pese a su mestizaje cultural.

JOSE RUBIO CARRACEDO